

# CLÍO VISTA POR SÍ MISMA: LA LABOR HISTORIOGRÁFICA DE FRIEDRICH KATZ, DAVID BRADING Y ENRIQUE FLORESCANO EN SUS PROPIAS PALABRAS

-----

**Marco Antonio Landavazo**

**E**l día 22 de enero de 2004, el Consejo Universitario de la Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo acordó por unanimidad otorgar el grado de *Doctor Honoris Causa* a tres distinguidos historiadores: Friedrich Katz, David A. Brading y Enrique Florescano. Se coronaba de esa forma una iniciativa del Consejo Técnico del Instituto de Investigaciones Históricas de la misma Universidad, que en su sesión del día 21 de octubre de 2003 había acordado promover

---

Agradezco a Daniela Ibarra y María de los Ángeles García Cardona su colaboración en la transcripción de este texto.



Instituto de Investigaciones Históricas, Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo. Correo electrónico: marcolandavazo@yahoo.com.mx

**TZINTZUN, Revista de Estudios Históricos, N° 40, julio-diciembre de 2004.**

el otorgamiento de esa merecidísima distinción a quienes son actualmente, sin lugar a dudas, tres de los más importantes especialistas de la historia de México. Como parte de este reconocimiento, el Instituto organizó una serie de actividades en las que participaron los galardonados, entre ellas, una mesa redonda que tuve el placer y el honor de moderar. En esa ocasión, Katz, Brading y Florescano regalaron a los asistentes una aproximación, casi en tono intimista, de lo que ha sido su labor historiográfica, su acercamiento a la historia de México y el largo recorrido que los llevó a confeccionar una obra que forma parte ya de los libros clásicos sobre el pasado mexicano. Queremos nosotros ahora ofrecerles a los lectores de *Tzintzun* la transcripción de esa, para nosotros, memorable mesa redonda.

**Marco Antonio Landavazo:** Quiero empezar por agradecer a los doctores Friedrich Katz, David A. Brading y Enrique Florescano, por haber aceptado participar en esta mesa redonda, en ocasión de la entrega del grado de Doctor *Honoris Causa* con el cual la Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo ha querido distinguirlos. Quiero agradecer también la presencia de la Dra. Alejandra Moreno Toscano, invitada a estos actos, historiadora reconocida, y a mayor abundamiento la esposa del Dr. Florescano, y también a la Dra. Celia Wu, también historiadora, y a mayor abundamiento esposa del Dr. Brading. Muchas gracias por estar aquí con nosotros. Pues bien, queremos pedirles a nuestros homenajeados que reflexionen en voz alta, que compartan con nosotros, con ustedes, a partir de sus experiencias, de su formación y su desarrollo como historiadores, lo que podemos denominar, con el título de esta mesa redonda, el quehacer de los historiadores: ¿cuál es el quehacer de los historiadores?, y más allá del trabajo propio de la disciplina histórica ¿cuáles podrían ser las funciones sociales de un historiador?, un tema que ha preocupado por ejemplo al Dr. Florescano. Voy a pedirle al Dr. Friedrich Katz que inicie esta ronda de conversaciones y que abra el

tema. ¿Cuál es, Dr. Katz, el quehacer de los historiadores?, ¿cuál es y cuál debe ser este quehacer?

**Friedrich Katz:** Ante todo quiero agradecer esta invitación, el gran honor que me están haciendo aquí de darme este reconocimiento. Reflexioné mucho qué debía decir hoy, y lo quiero dividir en tres partes: primero explicar personalmente lo que me motivó a hacer cierto trabajo, segundo las dificultades que tuve, y después, a partir de ello, hablar un poco más de lo que yo veo como tarea del historiador y lo que yo traté de hacer.

Como me he ocupado durante 15 años del personaje de Francisco Villa, mucha gente me ha preguntado: ¿por qué Villa?, ¿qué motivos tuviste para hacer esto? Debo decir que el personaje me fascinó por una serie de razones. Primero, si comparamos a Villa y Zapata con los revolucionarios principales del siglo XX –que son Lenin, Ho Chi Minh, Mao Tsé-Tung, Fidel Castro– hay una diferencia fundamental: todos ellos eran intelectuales que dirigían movimientos políticos. Villa y Zapata son los únicos que provenían de las capas populares, que no dirigían movimientos políticos organizados que, sin embargo, lograron en el caso de Zapata, crear un estado *sui generis*: Morelos; en el caso de Villa no sólo crear un estado, sino dirigir un ejército de 80,000 hombres. Y este analfabeto que no tuvo ninguna instrucción pudo sin embargo dirigir un estado avanzado como lo era Chihuahua y ganarse por un tiempo aun el respeto de Estados Unidos y, lo que era más importante, ganarse un tremendo apoyo popular. El segundo aspecto que me fascinó es que la revolución villista era la única revolución que tuvo lugar en la frontera con Estados Unidos: no hubo otra revolución social, no hablo de revolución política, pero la única revolución social que tuvo lugar directamente en la frontera norteamericana. El tercer aspecto es que tanto Villa como Zapata, en contraste por ejemplo con otros revolucionarios en el mundo, siguen teniendo una tremenda legitimidad. Se ha cambiado el nombre de Leningrado por San Petersburgo, pero no veo a nadie cambiando el nombre de División del Norte por Victoriano Huerta; es

decir, que aquí la legitimidad de la Revolución sigue en pie. Otro aspecto también es la tremenda controversia que Villa sigue suscitando. Me acuerdo de una de las primeras visitas que hice a Chihuahua, me invitaron, creo que era de parte de la Sociedad de Escritores. El que me invitó me saludó: “Dr. Katz, es un gusto saludarlo aquí. Antes de que empiece su conferencia sólo le quería decir que Villa fusiló a mi abuelo. Bienvenido a Chihuahua”. Esto me dio una idea de que el tema podría ser muy interesante, y a veces también implicar una serie de problemas.

Las dificultades principales que tuve al confrontar este tema y que me costaron tanto tiempo fueron: primero, que en contraste con todos los otros dirigentes revolucionarios, incluso Zapata, Villa no dejó archivo. Entonces, simplemente encontrar fuentes era ya muy difícil. Segundo: para el personaje de Villa, como era un personaje casi ya mítico, ¿cómo sacar la médula histórica del mito? Era otro problema, pero no era ése el problema principal, lo más difícil para mí era el hecho de que el personaje de Villa había opacado a su movimiento. ¿Quiénes eran los villistas? Durante mucho tiempo se les veía como un grupo heterogéneo: algunos hablaban de bandidos, otros de marginados, otros de peones; pero tratar de analizar quiénes eran estos villistas, qué representaban, resultó el problema más difícil para mí.

En el primer problema, el de las fuentes, me ayudaron mucho una serie de factores. Si bien Villa mismo no dejó archivo, sus colaboradores sí. Gente como Federico González Garza, el gobernador de Sonora Maytorena, Silvestre Terrazas su secretario de Estado, dejaron papeles, cartas de Villa. Había también las memorias de Villa, aunque Villa, como todo el que escribe memorias, pues las escribe desde cierto punto de vista, omite cosas, añade cosas: las memorias siempre son problemáticas y difíciles. En contraste con Carranza y con Zapata, Pancho Villa, analfabeto, tenía un sentido de los medios fantástico. Tenía una serie de corresponsales en sus coches, a los cuales constantemente daba entrevistas, entrevistas inteligentes. No sólo era John Reed, era Edwin Emerson, muy buen corresponsal además de agente del Servicio Secreto Norteamericano, que escribió en detalle

todos los informes que le daba Villa. Y una serie de otros corresponsales. Incluso hizo un contrato con Hollywood para filmar sus batallas. Entendió primero la importancia de los medios. Y finalmente, por el hecho de estar en la frontera norteamericana, fue objeto del interés muy grande de los Servicios Secretos Norteamericanos y estos informes también ayudaron. Así que a base de esto y de memorias de sus colegas, de sus cartas, sí fue posible reconstruir el personaje de Villa hasta cierto punto, con dudas y problemas, aunque esa reconstrucción se limitó a ciertos años, cuando Villa era un personaje eminente en la Revolución, del 13 al 15, pero después del 15 ya no dio entrevistas. Los únicos americanos que encontraba o él los mataba o trataban ellos de matarlo. Ya no tenía comunicación con los medios, y lo mismo era el caso antes de 1910, y ahí puedo decir que radicó una de mis mayores dificultades, pero vuelvo a decir, la mayor dificultad era identificar a los villistas.

Desafortunadamente al terminar la Revolución nadie hizo entrevistas con los ex revolucionarios. Las primeras entrevistas sistemáticas se hicieron cuando ellos ya tenían 80 años, las hizo el Instituto Nacional de Antropología e Historia, bajo la dirección de la Dra. Eugenia Meyer. Fueron muy útiles, pero ya habían sido influenciados por la historia, por la historia oficial, así que las entrevistas eran interesantes pero tenían problemas. Lo que más me ayudó no fueron las entrevistas sino lo que encontré en los archivos de la Secretaría de la Reforma Agraria: docenas de quejas de pueblos escritas en la época porfiriana, quejas por motivos agrarios, y eran los mismos pueblos que después se sublevaron, y a base de estas quejas pude localizar un grupo muy específico del campesinado de Chihuahua, las antiguas colonias militares establecidas ahí, que fueron la base del movimiento villista. Esto sólo explica unas pocas de las dificultades que tuve en el trabajo, pero que muestran el tipo de problemas que uno tiene al meterse a la historia. Pero ante todo el problema de los mitos. El caso de Villa en ese sentido es un caso ejemplar para muchos otros aspectos de la historia de México. Hay una historia oficial, la historia de los vencedores; hay una historia popular, de tradición popular, que expresan los corridos; hay informes

consulares de cónsules que sí veían a Villa pero tenían sus prejuicios. Y a base de todo esto reconstruir un movimiento social era un problema difícil.

Hablar del quehacer de los historiadores, qué utilidad tiene nuestra ciencia, creo que sin historia primero no hay conciencia nacional, sin conocimiento, no sólo de la historia moderna, sino de la historia, prehispánica, por ejemplo, y de toda la historia, un pueblo no entiende lo que es. Yo vivo en un país, los Estados Unidos, donde una gran parte de la población identifica más o menos a la guerra de Vietnam, o sus conocimientos de la guerra de Vietnam o de la Segunda Guerra Mundial, con la guerra la que César llevó a cabo en Roma; es decir los conocimientos históricos son muy débiles, debido no sólo al hecho de que en Estados Unidos la enseñanza de la historia -excepto en una serie de universidades y escuelas privadas donde es muy buena- es muy remota, al menos eso sucede en muchas escuelas públicas. En contraste con México, donde las familias se mantienen unidas, en Estados Unidos los abuelos se separan de hijos y de nietos y la memoria histórica de la familia, que es un aspecto muy importante de la tradición histórica, desaparece. El resultado lo vemos, pues en muchos casos no aprenden de la historia, los gobiernos no aprenden de la historia, repiten los mismos errores, y para mí el conocimiento histórico es esencial, primero para la política del país, para que comprenda el país y sus dirigentes a donde van, qué hacen.

Sin aquello, una historia es imposible y una política sensible tampoco es posible, así que yo veo que nosotros sí tenemos una misión importante, en mi caso, es reivindicar la memoria de una revolución que yo considero, en contraste con muchas otras, que tiene una tremenda legitimidad, no sólo en México sino fuera de México hay un interés enorme por la Revolución Mexicana, en Estados Unidos, aun en mi país nativo, Austria, el interés -que parece extraño- por Villa ha sido muy grande.

Permítanme concluir con un episodio. Hace algunos años tuve una entrevista con Bruno Kreisky, el antiguo canciller de Austria que en los años 30, cuando el fascismo imperaba en Austria, dirigía las juventudes socialistas que operaban ilegalmente. En aquel entonces

llegó a Viena una película que se llamaba *Viva Villa*, película por cierto muy mala, norteamericana, pero donde se ensalzaba a la Revolución, y entonces Kreisky me contó cómo él movilizó a los jóvenes socialistas y se fueron al cine, un cine específico en Viena, el Kreuzokino, donde se exhibía la película, y cada vez que en la película Villa se levantaba diciendo ¡viva la Revolución!, todo el auditorio se levantaba: ¡abajo la dictadura de Schuschnigg! ¡viva la democracia!, y de pronto Pancho Villa se convirtió, en la patria de Maximiliano, en el héroe de un cambio democrático; así que la Revolución Mexicana, aun en la lejana Austria, ha tenido un eco y creo que esto muestra, si se quiere, la importancia de la historia de este país. Gracias.

**Marco Antonio Landavazo:** Muchas gracias al profesor Katz. Muy difícil, dice el profesor Katz, la hechura del libro de Villa, pero resuelta magistralmente. Una biografía que fue muy esperada. Yo recuerdo que Eric Hobsbawm escribió, en uno de sus libros, que estaba esperando esta biografía. Afortunadamente ya la tenemos con nosotros, por cierto que publicada por la editorial Era, en la mesa de los libros, aquí afuera. Voy a ceder la palabra al Dr. Brading. Al inicio de esta mesa no di datos curriculares de nuestros ponentes, pues creo que no es necesario: ya se han presentado en los otros eventos, pero creo además que son más que conocidos. Voy a ceder la palabra al profesor Brading, que mucho tendrá que decir acerca de su experiencia como historiador, de sus opiniones sobre el quehacer de la historia. Ya nos ha regalado un muy sabroso testimonio en el libro que coordinó el Dr. Florescano y Ricardo Pérez Monfort. Dr. Brading, muchas gracias, le cedo el micrófono.

**David Brading:** Gracias por sus palabras tan bondadosas. Quiero expresar también mi agradecimiento por haber sido invitado, tanto a esta mesa redonda como a la ceremonia de anoche; así que tengo un gran honor en estar aquí y también tengo un gran placer porque no soy extraño a la ciudad de Morelia. Vine acá por primera vez en el

año de 1964; fue casi el último archivo de mi recorrido por archivos durante mi investigación para el libro *Mineros y comerciantes en el México borbónico*, en la que pisé el Archivo de Indias, la Biblioteca Nacional de Madrid, el Archivo de la Nación de la ciudad de México y después el Archivo Histórico de Guanajuato, y terminé aquí, en el Archivo Casa de Morelos. Fue una experiencia divertida, interesante, porque no fue para hacer ningún catálogo. También tuve la suerte de abrir los cajones en el Archivo del Ayuntamiento de esta ciudad, donde los documentos estaban perfectamente ordenados por el prefecto porfiriano pero parece que nadie los había abierto, hasta que yo lo hice porque tenían una capa de polvo de este tamaño. Ahí encontré los documentos de la desamortización de 1804, incluso los papeles de la confiscación de la hacienda del padre Hidalgo por las autoridades coloniales. Y después vine acá en 1970, para hacer mi libro sobre las haciendas y ranchos en León, y saqué los diezmos eclesiásticos como registro de la producción agrícola en el Bajío, y finalmente pasé seis meses acá en 1979, ya con mi esposa y mi hijo, y estuvimos viviendo en las afueras de la ciudad. Estuve trabajando en la Casa de Morelos para agrupar los documentos sobre mi libro *La Iglesia asediada en la diócesis de Michoacán*. O sea que yo tengo esas experiencias y por eso es un placer enorme estar otra vez aquí, en estas tierras tan verdes y lluviosas.

Entonces quiero hacer eco de las palabras tan justas y sabias de Friedrich Katz, sobre la necesidad de la historia en la formación de la conciencia nacional. Es como un ser humano, que casi no es humano si no tiene memoria de su vida, o sea que la memoria es parte de la humanidad; cuando un viejo pierde su memoria ya no es un ser humano, está esperando el otro mundo. También las naciones, si pierden la memoria de su historia entonces pierden su personalidad ¿no? Y entonces la función del historiador obviamente es importante, pero ¿qué es la historia? Es fácil decir que es memoria, pero ¿quien va a reconstruir la memoria? La memoria es una cosa muy compleja. Una nación es una agrupación de intereses, de territorios, de capas sociales, hay muchas voces que se encuentran en una nación, y cada capa, cada territorio tiene su propia historia, como la tienen los



individuos. Y por otro lado, como he dicho ya, antiguamente la historia es la filosofía enseñada por ejemplos, y ésta siempre fue citada en los años del Renacimiento y después para justificar la enseñanza de la historia, o sea hay muchas posibilidades de definir qué es la historia.

Pero mi experiencia de historiador de México, en primer lugar, vino de mi visita acá en 1961, como cualquier estudiante turista. Pasé un año posgraduado en la Universidad de Yale, no fue muy grata mi experiencia, entonces venir a México fue venir a un país más reconocible. Inglaterra y los Estados Unidos, como George Bernard Shaw dijo una vez, son dos naciones separadas por tener el mismo idioma, y algo (similar) pasa con ustedes (respecto a) España; entonces no fue tan grato. Aunque estuve estudiando la historia norteamericana, no me fascinó, interesante obviamente pero no me fascinó, no me llamó la atención; entonces cuando vine acá fue para mí una experiencia extraordinaria porque pertenezco a una generación de postguerra donde los viajes no eran tan posibles, entonces mis únicas experiencias fuera de Inglaterra fueron mi servicio militar, en Hong Kong que era colonia británica, y después en Estados Unidos.

Nunca había cruzado la Mancha para visitar Francia y España, y para mí llegar a México fue una experiencia especial, no tanto por los sitios prehispánicos, aunque sí los fui visitando, pero sí por las iglesias, las ciudades coloniales, porque en mi formación como estudiante fui muy dado a los estudios medievales, la historia medieval me atrajo, y en segundo lugar la historia de las ideas políticas. Pero ya estaba harto de las ideas políticas, ya oía tantos comentarios, que para mí la idea de ser otro comentarista fue demasiado pesada en aquel entonces, pero lo que sí fue para mí atractivo de México realmente fue el encuentro con el arte colonial, el arte barroco, las ciudades, especialmente los retablos churriguerescos. Y fue precisamente después de la visita, no tanto de Oaxaca o de Yucatán, pero sí del Bajío, de Guadalajara y después Guanajuato, la Valenciana, San Miguel, que decidí que iba a estudiar la historia de México, y obviamente fue esta región, o sea el gran Michoacán, la diócesis de Michoacán, este trozo que incluye los estados de Michoacán, Guanajuato y parte de Querétaro y San Luis Potosí, lo que se convirtió en el centro de mi

interés en México, y mi concepción de México viene de estas tierras más que del Distrito Federal.

Observé el florecimiento de las minas de Guanajuato, la Valenciana y sus glorias de arquitectura, y en mi primer libro fui tratando de definir la experiencia histórica de México durante la segunda mitad del siglo XVIII. Tuve que entrar a los archivos para evitar la imagen de Humboldt, pues su *Ensayo Político* es tan majestuoso -no he podido escapar de la imagen de Humboldt- que fue una especie de diálogo. Enfatizo ahí, primeramente, la revolución de un gobierno hecha por un Estado ilustrado, de Carlos III y sus ministros, por crear -por primera vez en la historia colonial- un verdadero Estado, aunque sea un Estado colonial; en segundo lugar, la colaboración de este Estado con los empresarios mineros y comerciantes, con las grandes fortunas, y en tercero el desplazamiento que en la administración hubo de las elites criollas por los emigrantes peninsulares. Esa fue la idea, pero fue tal vez -por imagen de Humboldt- una idea del florecimiento, de los grandes logros, que en cierto modo fue cierto. Después de leer la obra de Enrique Florescano -hay que comprarla-, *Precios del maíz y crisis agrícolas en México*, comprendí que esta época también fue de crisis, de grandes hambres, de sequías, de epidemias, y que la población rural fue viviendo al margen de la subsistencia, y que muchas de esas reformas fueron en cierto modo dañinas para la población en general. Fui entonces a León para tratar de hacer el libro *Haciendas y ranchos en el bajío. León 1700-1850*, y enfatizar el papel de la demografía. He podido demostrar así la mortandad causada por las sequías de los ochentas y también entro al tema de las haciendas, y descubrí que la estructura de producción era compleja y mas allá de los contrastes entre pueblos indígenas y grandes haciendas, una visión tan sencilla que viene de la obra de Frank Tenenbaum, tal vez más político que historiador, aunque académico. Era realmente un mundo muy complejo: cada hacienda tuvo sus sirvientes pero también sus arrendatarios. Y también al lado de las haciendas hubo rancheros, y entonces con ayuda de la obra de Luis González descubrí la extensión de esta capa en la sociedad colonial de los rancheros, los pequeños propietarios, que fueron a la vez dueños de su tierra y a la vez

arrendatarios, o sea todo un mundo complejo pero también amenazado por las crisis agrícolas; y finalmente también la debilidad de las haciendas coloniales, especialmente en la zona cerealera, por mantener su propiedad, hubo un cambio de terratenientes cada tres generaciones al menos.

Y salí de este libro de *Haciendas y ranchos* llenísimo de cifras y tablas, ya agotado y deprimido, que dije: jamás voy hacer este tipo de trabajo, porque va contra mi temperamento, pues fue tan sofisticado en las cifras que ya no puedo casi entender algunas; y aunque es para mí técnicamente el mejor libro, por la razón de que me concentré en la metodología tan aguda, no le fui dando espacio para meter la vida humana. Yo tengo la ambición de volver a mis notas y tratar de hacer expansión, de encontrar aire porque es un libro que no tiene aire, no está animado.

Entonces entré al Archivo Casa de Morelos, pero el problema de los archivos eclesiásticos es muy claro: la religión se puede dividir en tres partes: una es obviamente la teología y filosofía, la parte intelectual, otra es la parte devocional y de la liturgia, el culto, y la tercera parte es el gobierno y la administración. El Archivo Casa de Morelos tiene la tercera parte, pero no tiene las dos partes más interesantes. O sea que ahí se encuentran las limitaciones de los archivos ¿no? Yo todavía si un estudiante se me acerca para hacer un doctorado insisto en que ellos tienen que ir a los archivos, porque son los archivos, los documentos, los que dan una sensación de descubrimiento; porque la historia es en esencia una disciplina progresiva, hay adelantos, no se trata de reflexionar sobre las mismas cosas, siempre hay nuevos descubrimientos, y estos descubrimientos en general se encuentran en los archivos, en los documentos, ¿no? Y no hay experiencia más grata para un joven que entrar a un archivo y encontrar un descubrimiento, sea sobre los políticos, sea sobre capas sociales, epidemias, cualquier cosa, porque la historia es como las novelas: no tiene límites, cualquier cosa de la experiencia de la humanidad puede convertirse en historia, entonces hay tantas posibilidades. Pero es una disciplina, y la disciplina se desarrolla dentro del uso de los documentos, y de persuadir a otros historiadores que el

uso de esos documentos es verdadero y digno de confianza; o sea que hay un diálogo entre historiadores, los profesionales, para que se mantenga la disciplina: ahí está la diferencia con la novela, la novela es tensión, la historia es una selección, pero esta selección depende de los documentos, aunque siempre hay algo que se puede checar.

Así, pues, los documentos con que fui trabajando fueron limitados, pero entonces, en el año de 1981, me senté en mi mesa y empecé a leer las grandes crónicas de la época colonial tanto del Perú como de la Nueva España, que se fue extendiendo hasta la primera mitad del siglo XVIII, y ahí fui ya encontrando las voces de la sociedad colonial que no había podido encontrar en los documentos como los registros notariales y fe de bautismos; ahí se encontraba la conciencia, la expresión de la conciencia, primero obviamente de los conquistadores y misioneros españoles, pero después con cada vez más fuerza en el siglo XVII, la experiencia y los sentimientos de los cronistas criollos; y enseguida cuando se presta atención a la voz criolla se nota diferente de la voz peninsular, o sea que se encuentra que hay dos tradiciones en la historia de la América española, dos tradiciones: lo eurocéntrico y lo americano, en aquella época lo criollo, pero lo criollo enseguida se puede extender a lo indígena también, porque hay algunos cronistas indígenas tanto en Perú como aquí, o sea hay un diálogo entre estas dos tradiciones. Porque hay que ver que hay diálogo entre cronistas del primero al segundo, pero también de la tradición eurocéntrica y de la tradición criolla y diálogo a través de los siglos. O sea que, lo que se proponen los cronistas del siglo XVI está retomado en la época de la Ilustración, con todo ese gran ataque lanzado por los filósofos de la Ilustración contra las cualidades de América, que fue tomado de los cronistas eurocéntricos españoles o imperiales como Sepúlveda y Acosta del siglo XVI. Y lo más curioso e irónico de esta búsqueda de estos cronistas fue en el siglo XIX, después del florecimiento final y muy original de los historiadores de la insurgencia mexicana -fray Servando Teresa de Mier, Carlos María de Bustamante- que es realmente el florecimiento de la tradición del patriotismo criollo pero ya convertido en una especie de nacionalismo católico republicano -y ahí hay una paradoja de este movimiento-,

porque fue lentamente rechazado y desplazado por la llegada de un conservadurismo como el de Lucas Alamán y los liberales, y lo irónico de los liberales en la época de la Reforma es que ellos realmente están tomando esta tradición eurocéntrica y toda su ambición por convertir a México en parte de la civilización del siglo XIX. Y la expresión de la Revolución Mexicana es más bien por recuperar lo propio, la tradición americana y volver de cierto modo a la Colonia para desplazar, en parte, las perspectivas del liberalismo clásico.

Dentro de toda esa búsqueda de fuentes y de oír las voces encontré obviamente la formación del guadalupanismo, que empieza a fuerzas con la gran obra, tal vez la más original que se puede encontrar de un criollo novohispano, Miguel Sánchez, *Imagen de la virgen María madre de Dios de Guadalupe* publicada en 1648, y a partir de ahí, este florecimiento del guadalupanismo mexicano. Y ahí fui utilizando documentos, crónicas, y una nueva fuente que me fue enseñada por el libro pionero y muy valioso de Francisco de la Maza, obra clásica del guadalupanismo mexicano, el uso de los sermones. Uno piensa: un sermón debe ser la cosa de lo más aburrida, y hay, al menos en mi país, librerías de segunda mano donde los sermones están amontonados, en las bibliotecas, porque nuestros antepasados eran muy dados a leer sermones. Pero no se le ocurre a nadie hoy en día leer sermones. Pero lo que encontré fue que había una diferencia entre los sermones guadalupanos y otros sermones, o sea que se toca algo de la concepción de la inmaculada, algo de la pasión de Jesucristo, todos los dogmas centrales del catolicismo, los sermones son muy semejantes, y uno tiene que estar casi formado en teología para apreciar las diferencias ¿no?, son diferencias técnicas, pero cualquier sermón guadalupano implica al predicador pensar, no solamente sobre la aparición de la virgen y Juan Diego, sino sobre el destino del pueblo mexicano: siempre hay reflexión, es muy raro encontrar un sermón sobre la Guadalupana que no tenga adentro alguna reflexión sobre el destino particular, propio, del pueblo mexicano. Entonces curiosamente yo fui escribiendo este libro en los años noventas, después de casi 30 años de investigar, y ahí fui finalmente encontrando tal vez las voces, la mente de los criollos, del clero criollo, las elites,

pero después ya en el siglo XIX, oyendo también las voces de obispos católicos intelectuales, que fueron luchando contra los liberales y ahí se encuentran tal vez otras realidades de la historia de México. O sea que para mí siempre ha sido un privilegio extraordinario ser estudioso de la historia de México, y tal vez lo más curioso es que todavía hay tantas cosas por hacer, tantas cosas por estudiar, entonces es una historia tan rica, tan variada, que ofrece mucho, y debo decir a ustedes los jóvenes que hay mucho por hacer y buena suerte.

**Marco Antonio Landavazo.** El profesor Katz señaló en su intervención que el estudio de la Historia de México era muy importante, e incluyó la historia prehispánica. Hay actualmente un debate que hemos seguido en los periódicos acerca de una reforma que se plantea en la educación secundaria, sobre el cual ya se pronunció el Dr. Florescano en alguna entrevista, pero creo que es importante retomarlo, pues me parece que es una preocupación hoy en día, y tal vez el Dr. Florescano pueda hacer alguna comentario al respecto. Voy a cederle la palabra.

**Enrique Florescano:** En primer lugar quiero expresar mi reconocimiento a la Universidad Michoacana, y ahora me da mucho gusto que esté aquí el rector Jaime Hernández, un historiador también, compartiendo la experiencia con los historiadores en este Instituto de Investigaciones Históricas, que me ha acogido muchas veces: creo que desde su fundación he estado viniendo un año con otro y he tenido oportunidad de conversar y enriquecer mi propia experiencia de historiador con la experiencia de los historiadores y de los alumnos y las bibliotecas y archivos de este lugar. Bueno, pues agradeciendo el que me vuelvan a invitar y en una ocasión tan especial en la que puedo compartir esta experiencia con mis queridos maestros y amigos el profesor Katz y David Brading, me voy a concentrar también en los temas que ya ellos tocaron, es decir, las motivaciones personales y las

tareas del historiador y las gratificaciones del historiador. Ya tanto Friedrich como David han dicho que la historia, además de ser una continua búsqueda y enriquecimiento de nuevos horizontes, también es una gratificación por el descubrimiento de lo que no se sabía, de lo que se ignoraba, y en ese sentido hay siempre una fascinación en la tarea misma del historiador; pero ellos también subrayaron algo que yo quiero destacar: que la historia, como cualquier otra vocación o actividad, es principalmente el reconocimiento de algo que profundamente a uno le inquieta o le despierta interés. En ese sentido es un acto de vocación como todas las actividades humanas, y cuando uno se equivoca en la elección de lo que uno quiere ahí está un problema, de modo que no es casual que también los historiadores, aun habiendo elegido esa tarea como profesión, fluctuemos y cambiemos en la ruta de la formación del historiador, es decir que también lo que enseña la historia siempre es que uno no conoce casi nada y que la tarea y el goce de la historia es el descubrimiento de lo que uno mismo va encontrando como propio, como identidad.

Mi formación como historiador comenzó temprano también, cuando empecé a estudiar en la Universidad Veracruzana. Yo empecé a estudiar derecho y ahí tuve mi primera crisis de identidad porque me di cuenta que no iba a ser licenciado, ni iba a andar litigando en los foros y encontré que la historia, que en ese momento introdujo el rector Gonzalo Aguirre Beltrán junto con las disciplinas antropológicas, era una vocación que me llamaba. Entonces era una temática que me interesaba y con mis maestros de la Universidad Veracruzana tuve la gran satisfacción de descubrir ahí, en ese lugar, que la historia mexicana estaba compuesta de muchos pisos, de muchas vetas, de muchos temas, de muchos personajes, es decir que era un escenario verdaderamente atractivo, por lo menos para mí. Me pareció que esa variedad de personajes, temas, de vetas eran más atractivos que el estudio de las leyes, que es por otro lado extremadamente apasionante e importante en la formación y la constitución de las naciones, pero bueno, yo hice mi primer rompimiento, dejé el derecho y me metí a estudiar la historia. Y el hecho de que en esa pequeña

universidad de Veracruz hubiera habido una relación tan directa entre profesores y estudiantes, creo que fue decisivo porque la conversación que se iniciaba en el aula se continuaba en el café y luego a veces en la cena y había una continuidad en el diálogo, una franqueza y una apertura en ese diálogo que después ya no encontré en otras instituciones, por lo menos no un diálogo tan continuado que empezaba desde la hora de clase y prácticamente se continuaba hasta la noche. De modo que ese fue el encauzamiento de una vocación, y en este encauzamiento fue fundamental la formación académica, es decir el rigor en la enseñanza, en el adiestramiento, en la exigencia para cumplir y desde luego eso trajo también la especialización temática.

Cuando yo ingresé a El Colegio de México a estudiar historia estaba de moda lo que a David Brading también le atrajo: el análisis de los fenómenos económicos, de los procesos económicos, la historia económica, la historia cuantitativa y fundamentalmente la escuela de los *Annales*, que era entonces el faro luminoso que alumbraba todo el panorama de la historia y al cual uno se sentía atraído. Bueno, pues como la mayor parte de los miembros de mi generación yo caí atrapado por ese faro, me metí a hacer análisis estadístico, análisis económico, a hacer estudios de los ciclos y de los grandes movimientos de los precios y claro, para eso tuve que trabajar en los archivos donde se había acumulado ese riquísimo y hasta ese momento también casi oculto material, o sea que las grandes series de precios de producción, de comercio, de actividades económicas estaban en los archivos mexicanos, pero hasta ese momento los historiadores se habían sentido interesados por otros aspectos y habían dejado esos archivos casi vírgenes, de modo que yo encontré en el Archivo Histórico de la ciudad de México unas series de precios fantásticas, que cuando se las mostré a mis profesores europeos, todos quisieron inmediatamente ayudarme, asesorarme e interesarse en la guía de mis estudios ahí. Y el resultado fue haber adquirido algo que después es siempre fundamental en la formación del historiador, es decir, las técnicas y los métodos para procesar, para analizar los datos que uno encuentra



ahí dispersos, descoyuntados, incomprensibles a veces, y que esos métodos y esas técnicas los hacen claros, asequibles y hasta luminosos y a veces extraordinariamente alumbradores de nuevos momentos o procesos de la historia. A mí esos datos y esas técnicas y esos métodos, me llevaron a ver algo que no se había visto entonces y que me llenó de gozo intelectual. Cuando salió mi primera curva de precios y la comparé con la curva europea y la curva francesa... no daba crédito que un país tan alejado de la economía mundial conocida tuviera procesos y mecanismos económicos tan semejantes a los que Labrousse y Braudel y otros grandes historiadores habían descubierto en Europa.

De modo que esa sensación que ya mencionaba David de descubrimiento, de exaltación por encontrar algo que no había uno visto nunca, y que además ese nuevo conocimiento iluminaba algo tan importante como era la vida económica de México, que estaba sustentada precisamente en las alzas y bajas de los precios del maíz, fue extraordinariamente positivo para mí, y me lanzó a otra cosa. Bueno, mi maestro Ruggiero Romano me dice: haz inmediatamente una comparación con los problemas monetarios, porque en Europa eso es lo más importante. Yo me le quedé viendo y le dije sí, pero ya inmediatamente sabía que no iba a seguir esa ruta, sino lo que a mí me interesaba era qué efecto producían esas fluctuaciones en la condición de los seres humanos, en la condición de los trabajadores agrícolas, de los consumidores de las ciudades, de los propietarios de las haciendas, y eso me llevó a alumbrar una parte importante de la historia social de México, o sea que las fluctuaciones económicas son el principal mecanismo que condiciona la conducta de los seres humanos, y que lleva a unos a morir de hambre o de epidemia, otros a enriquecerse, otros a manejar políticamente esos conflictos en la sociedad, y otros a sacar normas morales como en ese caso los padres de la Iglesia que inmediatamente pensaron una filosofía moral de la crisis agrícola creando una política de empleo para los pobres. No les dieron limosna y aquí se crearon las alhóndigas, y aquí se creó esa famosa calzada que hoy todavía enorgullece a Morelia, y la hicieron los padres de la Iglesia para enfrentar los problemas de la crisis agrícola.

Bueno pues ahí, como también lo ha comentado David, yo pasé de la historia económica con una crisis de identidad tremenda porque de repente ya a los 40 años yo empecé a leer libros y ensayos sobre los mitos prehispánicos, sobre los símbolos y sobre la historia prehispánica y no entendí, ni penetraba yo en los mitos ni en los símbolos, ni en los emblemas bajo los que esos fenómenos se expresaban, o sea eran totalmente extraños a mí, y eso me produjo una crisis porque dije yo, bueno cómo es posible que siendo mexicano yo no pueda leer los mitos nahuas, ni los mitos mayas y menos los mitos purépechas, ni las tradiciones de identidad de estos pueblos, y eso me perturbó y me llevó entonces a una nueva reflexión sobre la historia mexicana, a pensar en la historia también como discurso de identidad, porque detrás del estudio de los mitos encontré que había un discurso de identidad, o sea que los mitos eran fundamentalmente narraciones sobre el origen de esos pueblos, que los mitos hablan de la fundación de sus pueblos, de los orígenes de sus pueblos, de los comienzos de la civilización en esos pueblos. De modo que el encuentro con la historia antigua, con sus mitos, con sus símbolos que hasta entonces me parecían impenetrables me llevó a un proceso de reconversión y transformación en mi formación: de la historia económica pasé a lo que entonces ya se llamaba historia de las mentalidades, pero sobre todo a la búsqueda del origen de la memoria mexicana. Ese fue realmente el tema que me concentró entonces. Me pareció muy importante saber cómo se crea, cómo se construye, cómo se edifica la memoria mexicana y esto me trajo como consecuencia un período muy largo de estudio, de revisión de los libros fundamentales sobre la historia antigua de México y a un cambio más que nada también en los métodos, en las técnicas de investigación.

Esta historia antigua de las fundaciones, los mitos, no estaba escrita en los archivos, no estaba escrita en los libros, no estaba en los textos, entonces de repente me di cuenta que para poder penetrar en el conocimiento de esos orígenes y de esa memoria, tenía que estudiar la imagen, el emblema, el mito, la tradición oral, el rito. O sea, formas de concentrar y transmitir la memoria totalmente distintas a la del archivo o a la del libro, y eso fue también, como decía David Brading

y Federico Katz, un proceso nuevo de empezar otra vez como estudiante a leer de otra manera los métodos, las técnicas, los emblemas, los símbolos hasta encontrar la clave interna que va explicando esas maneras distintas de procesar y acumular la experiencia humana. Entonces encontré que en estos pueblos antiguos de México, el uso de la imagen es más importante que el uso del código y de la palabra escrita en jeroglíficos como lo tenemos en el caso extraordinario de los mayas y de otros pueblos antiguos de Mesoamérica. Y entonces llegué a meterme tanto en el análisis de estas formas de representar el pasado, los orígenes, la memoria del pueblo, que me di cuenta que entonces las antiguas ciudades de Mesoamérica, o sea Tenochtitlán o Copan o Teotihuacán o Xochicalco, y todas las otras ciudades que ahora todavía podemos recorrer, la gente antigua las recorría como nos han explicado los historiadores de Europa occidental, que los niños acompañaban a sus padres visitando las ciudades griegas y que el padre al llegar al centro, al ágora, le explicaba pues aquí están los dioses fundadores y aquí está el primer rey, y el primer legislador, y aquí están las mujeres que defendieron a nuestro pueblo en esta batalla, y en fin que toda esa historia se iba explicando con monumentos, con templos, con estatuas, o sea era una historia totalmente visual ¿no?

Y a partir de eso me interesó más el rito, pero todavía no he podido llegar a hacer un estudio suficiente sobre él, pero con el estudio de la imagen, del rito, del mito aprendí otra lección de la historia que es la que yo he resumido en los últimos libros, y es esa lección de la historia a la que se refería Friedrich al comenzar su intervención y a la que se refería David al concluir su intervención, es decir la lección que nos da el estudio de la memoria indígena, de la memoria antigua de Mesoamérica es que la historia en primer lugar es sobre todo una memoria práctica, una memoria de la supervivencia, lo que nos enseña el mito de la creación del quinto sol, o el mito de la creación del dios del maíz, o el mito de la fundación de Teotihuacán, es que si los sucesores de esas generaciones olvidan que el pueblo se fundó a partir de la invención del maíz, de la agricultura, a partir de la invención del Estado, de la civilización, entonces ese Estado, ese pueblo se va a

perder, va a desaparecer. Entonces es fundamentalmente una memoria práctica, una memoria de la supervivencia de ese pueblo, y claro después se vuelve también una memoria de la identidad nacional de ese pueblo, una memoria de los orígenes del pueblo, una memoria de las conquistas y las hazañas de ese pueblo, una memoria del Estado y finalmente una memoria de la nación. Si nosotros perdemos esa memoria, seguramente vamos a perder nuestra perspectiva como nación en el futuro. Muchas gracias.

